

Alcayaga, entre la nube y la estatua

Arturo Alcayaga habló alguna vez de escribir una autobiografía en la que contaría toda la verdad: "De médico domiciliario a Barrabás Universal".

Con esa misma franqueza en ocasiones se presentaba a sí mismo como "poeta, violador y vegetariano compensado". Y muchos porteños y viñamarinos sabemos cuanto disfrutaba diciendo cosas erosivas sobre él y su circunstancia, que, a modo de testimonio poético-humorístico, algún día habrá que recoger.

En una ya remota Fiesta de Estudiantes Alcayaga fue elegido Rey Feo, y después de su pasajero reinado, según cuenta Barrenechea, continuó por un tiempo gesticulando por las calles, haciendo bromas a desconocidos, ofreciendo su alegría...

Es que para Alcayaga la fiesta no cesaba jamás.

Pero ninguna de esas humoradas, registradas aquí en frío, lejos ya del gran protagonista, nos aproxima siquiera a la personalidad heterodoxa y exuberante de ese poeta inacadémico; ese viajero vocacional que declaraba que su pasaporte era su sonrisa; ese amador intenso, plural y discursivo que no se contentaba con las mujeres bellas: "Ellas tienen que ser también alegres y conversadoras" —decía— "de otro modo las destituyo".

De alguna manera, su reinado primaveral se prolongó a través de actitudes altaneras y cuasi gubernamentales: se preciaba de tener un "ministro" de relaciones exteriores, don Juan Uribe Echeverría, y no era raro que sus cartas concluyeran expresando su "última determinación" u otra fórmula equivalente... De pronto asumía también como sociólogo-poeta, diagnosticando que "Chile es un país de enanos coronados"; y se despa-chaba así en críticas surtidas, para terminar sosteniendo con énfasis, y quizás con más razón de lo que a primera vista pueda parecer, que "aquí lo que se necesita es un voluntariado de sinembargos..."

Varios críticos captaron la intención totipotente y universal de su obra, y no vacilaron en llamarlo poeta del supercosmos; poeta de primero y último día; poeta del aún, del mañana, del jamás. Por su parte, él siempre insistía con un toque de humor en que era poeta épico: "yo soy el único con este carácter, los demás son todos líricos". Pero su épica no refería hazañas de un pueblo o de un héroe, sino que iba dirigida hacia aquello que, difusa e inevitablemente, a todos se nos escapa: el drama mayor, el misterio de la Creación y del Ser; la dinámica incomprensible y oculta de los Altos Poderes... para ex-

presarlo con un lenguaje conceptual que prácticamente no dice nada.

Sus libros llevan títulos significativamente desorientadores: "Las ferreterías del cielo"; "Si durantemeses con durantelunas llueve durantedioses"; "Entredios"; "Apagalucero del jamás". Este último texto, de nombre especialmente memorable, data del año de su fallecimiento (1984), y su edición lamentablemente se encuentra al parecer extraviada.

Alguna vez, en la tertulia, entregó algunas explicaciones: "Codifico hacia una Ultralancia que comienza en la Nada, pasa o cruza los Nuncas, hasta alcanzar las Estrellas del Jamás". Pero creemos que en verdad su obra no requiere esclarecimiento; como quizás él mismo habría dicho, sus papeles están más allá "de la esmeralda y la razón"; son decididamente oscuros, con esa obscuridad viva, radiante, deslumbrante, propia de los más difíciles mensajes.

Alcayaga también pintaba, y sus grandes cuadros luminosos y explosivos desembocan ¿cómo no? en lo cósmico, anunciándose con títulos de sugestivas resonancias: "Piedrayer de piedrayeres", "El morir de un todavía", "El atardecer de un nunca".

Quizás el título de uno de esos cuadros puede presidir toda su obra.

"Y sin embargo estrellas"

Son cuatro palabras perennes que entregan una divisa y, tal vez, la clave de ingreso a una terra ignota y promisoría.

Arturo Alcayaga, explorador de la Nada, atizador de estrellas, artista que "entre la nube y la estatua votaba por la nube", ha dejado una obra verdaderamente singular que sin urgencia, como bañada por el lentísimo tiempo cósmico, aguarda a quienes se atreven a ser sus arriesgados exploradores y habitantes. Sus páginas de guardasol de los nuncas nos esperan con sus talveces, con sus durantes; con sus vértigos volcados hacia los últimos misterios que remecen intensamente nuestra esperanza:

"Parasin -nuestra esperanza sembrando todavía en la periferia del jamás".

Antonio Pedrals

NOTA: las palabras que, en el texto, aparecen unidas, tales como "sinembargos", "durantemeses", eran usadas así en sus escritos por el autor que ahora se comenta.